

si alguno se presentaba al monarca, junto al altar doméstico, teniendo entre sus brazos á uno de los hijos de su majestad, alcanzaba todo lo que pedía. Halló pues medio de tener á su disposición al heredero de la corona, y, llevándole en sus brazos, se presentó al soberano, y le dijo: « Señor, al presentarme ante tu majestad, he luchado entre el temor y la esperanza. Temo, porque te he hecho la guerra: espero, porque tu clemencia atenderá más al amor que llevas á tu hijo, que al ódio que debes sentir por tu enemigo. »

« Esta súplica fué bien acogida. La vista de aquel niño tuvo tanto poder sobre el ánimo de su padre, que perdonó á Temístocles, le admitió á su amistad, le dió una habitación en su palacio y un cargo honroso en su reino.

« ; Qué consuelo pues para nosotros, pensar, durante la santa Misa, que la sangre de Jesucristo, está allí sobre aquel altar, que clama hácia su Padre, no venganza, sinó perdón y misericordia! ; Oh! ; cuán insensato es aquel que no se vale de esta sangre para purificarse de sus pecados, para saldar sus deudas y para reconciliarse con su Dios (1)! »

Hermanos míos muy amados, asistamos con frecuencia á la santa Misa; ofrezcamos piadosamente, con el sacerdote, Jesucristo á Dios, el Hijo al Padre, y tendremos un lugar en su palacio y un sitio en su reino. Así sea.

(1) Huguet, virtud milagrosa de la santa Misa.

INSTRUCCION VIGESIMOSEPTIMA.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

ENTRADA EN EL ALTAR.

TEXTO. — *Altaria tua, Domine virtutum, Rex meus et Deus meus...* Suspiro junto á tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y mi Dios.

(SALMO LXXXIII, VERS. 4.)

EXORDIO. — La Iglesia, hermanos míos muy amados, es en este mundo el palacio del Monarca celestial, y el altar del coro, es el trono de su Majestad. Así como el gorrión busca á toda prisa un escondrijo, bajo un techo solitario, ó como vuela rápidamente la golondina hácia su nido, de igual manera el cristiano, verdaderamente digno de este nombre, toma con alegría la dirección del lugar santo, y se tiene por dichoso de poder arrodillarse sobre las losas del santuario, mientras la oblación de la Víctima sin mancha. Con mayor razón el piadoso ministro del Altísimo se regocija de acudir á inmolar al Cordero divino. ; Cómo suspiro yo, dice, *cerca de tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y Dios mio! Rex meus et Deus meus.*

PROPOSICIÓN. — Mi idea, hermanos míos, es someter á vuestras más serias reflexiones, la última parte del augusto Sacrificio, que, según san Alfonso, se verifica desde el *Intróito* al *Credo*.

DIVISIÓN. — Divido esta instrucción en seis puntos á saber : Salmo de entrada, *Kiries*, *Gloria in excelsis*, *Colecta* precedida del *Domínus vobiscum*, la *Epístola* con sus oraciones subsiguientes y el *Evangelio*.

Os ruego que presteis mucha atención.

PUNTO PRIMERO. — El celebrante, después de haber besado el altar, se dirige al costado derecho, hácia el misal ó libro de misa, para leer en él el *Intróito*. Ésta es una palabra latina que significa *entrada*, ya porque sirve de introducción á las oraciones del sacrificio adorable, ya porque se canta en el momento en que el sacrificador entra en el altar, ó mientras los fieles penetran en el templo, como se practicaba en el origen del cristianismo. En efecto, en aquellos tiempos el *Intróito* era un salmo entero que se cantaba mientras la gente llegaba á la iglesia y tomaba sitio. Pero hace siglos ya, hermanos míos, que el *Intróito*, como hoy, no consiste más que en un versículo más ó menos corto. Antes de recitarlo, el sacerdote se persigna, y el ministro ha de hacer lo mismo por razones idénticas á las que he indicado en mi primera instrucción.

« La Iglesia, dice san Alfonso, propone ordinariamente en el *Intróito* el objeto de la fiesta del día; en él se menciona algún misterio de Jesucristo, de la Virgen Bienaventurada, ó de un santo que la Iglesia manda honrar en aquel día. Pero no es más que un simple honor rendido al santo; porque el Sacrificio se ofrece únicamente á la divinidad (1). »

Instituyóse para mayor gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como lo prueba el *Gloria Patri* que viene inmediatamente después del *Intróito*. Este último, el celebrante lo dice dos veces, para penetrarse bien de la grandeza del misterio ó del objeto de la fiesta.

Otra cosa todavía. La entrada del sacerdote en el altar representa tres circunstancias de la vida del Redentor, á saber: su entrada en el mundo por la Encarnación, su entrada en el cenáculo por la institución de la Eucaristía, y su entrada en el huerto de Getsemaní para comenzar su sangriento sacrificio; de ahí que el fin principal de la Iglesia en el *Intróito* sea el de excitar en nosotros el deseo de imitar los ejemplos del Salvador, de gustar el alimento de su mesa y de aplicarnos los frutos de su Pasión.

PUNTO SEGUNDO. — El sacerdote vuelve entonces al centro del altar para decir alternativamente con el diácono, el subdiácono ó el acólito:

(1) S. Ligor., *Explic. abbrev. miss.*

Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad. La primera de estas invocaciones es repetida cuatro veces por el sacerdote y dos veces por los ministros; la segunda la dice una vez el oficiante y dos los asistentes... Ambas son alternativamente cantadas por el coro ó por el pueblo en la Misa solemne. Es, como sabeis, el *Kyrie eleison*... La Iglesia ha conservado estas dos frases griegas, lo propio que ciertas frases hebreas, para rendir homenaje á las liturgias apostólicas. En efecto, hermanos míos muy amados, con este respeto de los recuerdos, parece afirmar ella la identidad del sacrificio que en nuestros días se ofrece con el que se ofrecía en las Iglesias fundadas por los apóstoles en Jerusalén, Alejandría, Antioquía, Éfeso, Corinto y Roma. Hasta se podría decir que la consagración de las tres lenguas de la Misa se remonta á la inscripción redactada en hebreo, en griego y en latín, y colocada por orden de Poncio Pilatos en lo alto de la cruz del Salvador.

Kyrie eleison. Estas dos palabras están sacadas de la Escritura, donde con bastante frecuencia las encontramos. Es una oración breve, pero expresiva, enérgica aunque sencilla, nada difícil y sin embargo provechosa. Está al alcance de las inteligencias más débiles y encierra toda especie de votos. Se pronuncia repetidas veces, para inflamar en el corazón el deseo del perdón. Es un acento de dolor general, un llamamiento á la misericordia divina, un grito de esperanza hácia el trono celestial. Escuchad sinó: *Kyrie eleison*, Señor, vos me habeis sacado de la nada, yo soy la obra de vuestras manos, tened piedad de vuestra criatura.

Kyrie eleison, Señor, vos velais por mi conservación, vos atendeis á mis necesidades, apiadáos de vuestro hijo.

Kyrie eleison, Señor, vos me juzgaréis después de mi muerte, yo soy un pobre pecador, apiadáos de mi fragilidad.

Christe eleison, Jesucristo, vos sois mi Redentor, vos disteis vuestra vida para redimirme, apiadáos de vuestra oveja extraviada.

Christe eleison, Jesucristo, vos sois el sacerdote cuyo sacerdocio es eterno; vos instituísteis el augusto sacrificio para aplicarme los méritos de vuestra muerte, tened piedad de mi excesiva miseria.

Christe eleison, Jesucristo, vos sois el Cordero que se inmola en mi lugar, yo soy quien debería lavar mis iniquidades en mi sangre, apiadáos de la miserable ofrenda que de mí ser os hago.

Kyrie eleison, Señor, vos sois la fuente de la luz, vos ilumináis á todo el que viene á este mundo, apiadáos de mis tinieblas.

Kyrie eleison, Señor, vos sois un espíritu de fuerza, que combatís con los que os invocan en la lucha contra las legiones infernales, yo vuelvo á caer siempre en las mismas faltas, apiadáos de mi inmensa debilidad.

Kyrie eleison, Señor, vos sois santificador de las almas, vos sabéis hacerlas volver blancas como la nieve, ¡ay! ¡Señor, tened piedad de la mia, os lo suplico, tened piedad de ella, ahora y siempre!

PUNTO TERCERO. — Después de los *Kyries*, que se podrían llamar muy acertadamente el himno del arrepentimiento y del perdón, viene el himno de la alabanza y de la gratitud, esto es el *Gloria in excelsis*, que no se dice en las misas de *Requiem*, ni en los tiempos de penitencia, tales como en las ferias de Cuaresma y del Adviento... Es el cántico ejecutado por los chantres del paraíso, encima de un establo donde acababa de nacer Aquel que reina en lo más alto de los cielos, de quien dependen los imperios, que hace la ley, dice Bossuet, á los reyes, y que les da, cuando le place, grandes y terribles lecciones.

Un ilustre mártir del siglo II habla del *Gloria in excelsis* en estos términos: « Aquel, dice san Justino, que preside á los hermanos (es decir, el obispo) ofrece alabanzas y gloria al Padre de todas las cosas, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo. »

« Decimos *Gloria in excelsis*, añade san Buenaventura, para demostrar que veneramos en la tierra al mismo Dios que los ángeles veneran en el cielo (1). »

¡*Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* Estas palabras son las del Ángel y las que siguen las de la Iglesia. De pié en medio del altar es como modula el sacerdote esta melodía, recita este canto de triunfo y de adoración. Para advertir á los asistentes que eleven sus corazones hasta lo más alto de los cielos, eleva él las manos al empezar, y las junta casi enseguida como para demostrar que pone en sus ma-

(1) *Expos. miss.*, cap. II.

nos la paz y la buena voluntad que el cristiano ha depositado en él, tocado por sus súplicas y alabanzas. Inclina repetidas veces la cabeza, lo mismo que los asistentes; expresando de esta manera, no solamente con la voz, si que también con el gesto, sus sentimientos de adoración, de acción de gracias, de arrepentimiento de sus faltas y de respeto por el adorable nombre de Jesús. La invocación de la Santísima Trinidad y la señal de la cruz terminan este cántico inefable. Por temor de oscurecer sus bellezas, lo entrego, sin comentarios, á vuestras piadosas reflexiones; saboread vosotros mismos todo su aroma. No sólo es sublime por el fondo, sinó también por la forma, de modo que lo mismo lo comprende el fiel que no tiene letra que el sábio illustre. ¡Oh, hermanos míos! ahora y siempre, digamos con el corazón, mejor aún que con los labios, el *Gloria in excelsis Deo*. Sí, gloria á Dios en las alturas celestiales, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Os alabamos, Señor; os bendecimos, os adoramos, os glorificamos; os damos humildísimas acciones de gracias, por vuestra grande gloria, á vos que sois el Señor, el Monarca soberano, el Altísimo, el solo Dios verdadero, el Padre omnipotente. Adorable Jesús, Hijo único del Padre, Dios y Señor de todas las cosas, Cordero enviado por Dios para borrar los pecados del mundo, tened piedad de nosotros. Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, dignaos acoger favorablemente nuestra súplica; desde lo alto del cielo, donde reináis con vuestro Padre, lanzad sobre nosotros una mirada de compasión. Salvadnos, vos sois el único que lo podeis hacer, Señor Jesús, porque vos sois el único infinitamente santo, el único omnipotente, el único adorable, con el Espíritu Santo, en la gloria del Padre. Amen.

Sí, gran Dios, nosotros lo creemos lo más firmemente posible, y, sostenidos por vuestra gracia, no vacilaremos, si necesario fuese, en derramar nuestra sangre para afirmar nuestra fé.

PUNTO CUARTO. — Terminado el *Gloria in excelsis*, ó bien, si las rúbricas ó reglas no lo prescriben, una vez recitados los *Kyries*, ¿qué hace el sacrificador? Pega sus labios al altar, para recibir, por decirlo así, de los labios mismos de Jesucristo el beso de paz y de re-

conciliación, y se apresura á transmitirlo á los fieles. Extendiendo los brazos hácia ellos, como si quisiera abrirles su alma, y volviéndolos á cerrar, como para estrecharles contra su corazón, dice con el tono más afectuoso : *Dominus vobiscum* ; *el Señor sea con vosotros*. Y *con tu espíritu*, contesta el que ayuda la Misa, en nombre de los asistentes. Ministro del Altísimo, pues ruegas al Señor que esté con nosotros por sus gracias, nosotros le conjuramos á que esté con tu espíritu por su luz, á fin de que al resplandor de esta luz divina nos lleves á la verdadera tierra prometida, como, á la luz de la nube milagrosa, llevó Josué á los Israelitas á la tierra de Canaán.

Vuelve entonces el celebrante al lado derecho del altar para recitar las oraciones que se llaman *colectas*, dice san Alfonso María de Ligorio, porque el sacerdote, como mediador entre Dios y los hombres, recoge las oraciones de todos y las presenta á Dios. Todas las *colectas* se dicen con las manos extendidas en postura suplicante ; en ellas se solicitan de Dios las gracias relativas al misterio cuya memoria se celebra ; por ejemplo, en el día de Pascua, se pide la gracia de resucitar con Jesucristo ; en el día de la Ascensión, la de habitar con él en los cielos, ó bien se suplica al Todopoderoso que nos conceda tales ó cuales favores, por intercesión del santo cuya memoria se celebra ; pero todas estas oraciones terminan con estas palabras : *per Dominum nostrum Jesum Christum...* en atención á que todas las gracias que Dios nos da, las concede principalmente en virtud de los méritos de Jesucristo... « Por lo tanto, lo que los narradores nos objetan es completamente falso. Pretenden ellos que nosotros ofrecemos el sacrificio á los santos. Es falso, porque perfectamente sabemos que el sacrificio, siendo un culto debido al soberano Señor de cielo y tierra, no puede ofrecerse más que á Dios. En la misa recordamos únicamente la memoria de los santos, por razón de los dones que ellos recibieron de Dios, de quien los santos reconocen que proceden todos los dones que les fueron conferidos (1). »

Tratando este mismo asunto, dice á su vez el doctor seráfico : « La oración se llama *colecta* (ó recojimiento) en atención á que todas las

(1) S. Lig., *Explic. abrev. miss.*

personas que estan presentes en la misa, han de recojerse santamente y orar con toda confianza con el celebrante. La *colecta* está precedida del *Dominus vobiscum*; es el saludo que dirige á los asistentes el simple sacerdote, mientras que el obispo, en calidad de vicario de Cristo, dirige al pueblo la misma salutación que el Salvador á sus discípulos : ; *Pax vobis* ; la paz sea con vosotros ! Es como si el prelado dijese á los fieles : ¿ Querais asistir dignamente á los misterios sagrados ? sed hijos de paz... Y luego para exhortar á los asistentes á que unan á las suyas sus plegarias, dice (el sacrificador) : *Oremus, Oremos* (1).

Durante la oración, tiene elevadas las manos para señalar que el espíritu y el corazón del hombre han de tomar la dirección del cielo ; y tiene los brazos extendidos para imitar la actitud de nuestro Señor orando en la cruz ; acaba por la invocación de un nombre ante el cual toda rodilla ha de doblarse en el cielo, en la tierra y en el infierno ; es el de Jesús, el único que puede salvarnos, dice san Pedro, *In quo oportet nos salvos fieri*. Observad, hermanos míos, que al terminar junta el sacerdote las dos manos, con el objeto de enseñarnos que al fin de nuestras oraciones es menester, para que tengan la suerte de ser atendidas, redoblar el fervor.

Amen, sí, conformémosnos todos con esta saludable regla.

PUNTO QUINTO.— Pasemos ahora á la *epístola*. Según san Buenaventura, esta palabra griega se descompone en otras dos *epi* y *stola*. La primera significa de arriba y la segunda *misiva* ó *envío*, es decir, carta enviada de lo alto (de los cielos), porque bajo la inspiración del Espíritu Santo fué como hablaron los profetas y los apóstoles (2).

Ahora bien, la epístola, estando tomada de los escritos ya de los profetas, ya de los apóstoles, es una carta venida del cielo. El celebrante la recita en voz alta, teniendo las manos apoyadas sobre el altar ó sobre el libro, en señal de su adhesión inviolable á la palabra de Dios. El pueblo por su parte se sienta, como para entrar en un recojimiento más profundo y prestar atención.

(1) S. Buenav., *Expos. miss.*

(2) S. Buenav., *Expos. miss.*

Indicase siempre á la cabeza de la Epístola el nombre de su autor, como por ejemplo : Lectura sacada del profeta Isaías, ó del Libro de la Sabiduría, ó del Cantar de los Cantares... Lectura de la Epístola de san Pablo, ó de san Pedro, ó de Santiago... Pensaréis vosotros, hermanos míos, ¿con qué objeto se hace esta indicación? «Es, dice un pontífice ilustre, para que, al escuchar la Epístola, la escuchemos como si en ella nos hablase Dios, por mediación de sus profetas y de sus apóstoles (1).

Conclúyese con estas palabras que llenaban de entusiasmo al Aguila de los doctores: *Deo gratias*, es decir, ¡*gracias á Dios!* para expresar nuestro agradecimiento á Dios por la ciencia, por la instrucción que acabamos de recibir.

Pero, se replicará, la Epístola está en latín y los fieles no la pueden entender.

Pueden meditar lo que encuentren en sus libros de misa, esperando que el sacerdote, desde lo alto del púlpito ó desde el pié del altar, les lea y explique la Epístola de aquel domingo ó de aquella fiesta...

Vienen entonces el *gradual*, el *aleluya*, el *tracto*, la *secuencia* y la *prosa*...

El *gradual* es, de todos los pensamientos contenidos en la sagrada lectura, el que más debe impresionarnos; es, por decirlo así, el ramillete espiritual de la Epístola. «Es necesario, dice el doctor seráfico, perseverar en la senda de los mandamientos del Señor é ir de virtud en virtud... Ved ahí lo que significa la voz *gradual*: se deriva de una palabra latina que quiere decir andar, y se compone de dos versículos, porque á los dos preceptos del amor de Dios y del del prójimo es á donde van á parar toda la ley y los profetas (2)...

El *aleluya*, que se suprime en los días de penitencia, viene del hebreo. Esta palabra significa *alabad á Dios*, y es un grito de reconocimiento por sus innumerables beneficios.. «La caridad, dice san Buenaventura, es la que nos valdrá los placeres del divino reino... En el cielo, Dios está colmado de las alabanzas de los santos... Su indecible alegría no tendrá fin... Esto es lo que se quiere expresar con esta larga y

(1) S. Ligor., *Explic. miss.*

(2) S. Buenav. *Expos. miss.*

suave tirada de notas sobre la letra A, vocal final del *aleluya*; esta sucesión de sonidos inarticulados se llama *neuma* (ó respiración prolongada), como para decirnos: «La alegría de los escogidos en los cielos será eterna é inefable (1)...

«No hay *aleluya* durante la Cuaresma, y se la substituye, dice san Ligorio, por un *tracto* llamado *lamento de los penitentes*, *penitentia lamentum* (2)...

«En los días de tristeza, y para recordar la tristeza de este siglo, el *aleluya*, observa un santo cardenal, es reemplazado por el *tracto* (3), así llamado porque los versículos del salmo que lo componen, han de ser cantados de una sola vez, con lentitud, y, por decirlo así, arrastrando: esto respira el duelo...

La *secuencia*, en latín *sequentia*, no es más que una continuación del *aleluya*. San Agustín la llama *jubilus* ó *regocijo*; es un vivísimo deseo de unirse á los sentimientos expresados en todo lo que antecede, y el corazón piadoso, á pesar de su impotencia, querría repetirlos sin cesar; tanto es el encanto, tanta la suavidad que encuentra en ellos.

La *prosa* se dice ó se canta en las solemnidades; habla, ya del misterio del día, ya de las virtudes y milagros del santo que se festeja, ó del valor y triunfos del mártir que se celebra...

Un poco más de atención os pido, hermanos míos, para lo que me falta decir...

PUNTO SEXTO. — El celebrante deja la derecha del altar para pasar á la izquierda. Ved las razones místicas de este cambio de lugar... En la sagrada Escritura, el norte significa el hálito glacial de Satanás que venció el soplo omnipotente de Cristo; y en señal de esta victoria es porque se lleva en triunfo, por decirlo así, el libro hácia este lado y se proclama en él la derrota del enemigo. El costado izquierdo designa también las tinieblas y la sombra de la muerte donde estaban sentadas las naciones antes de la llegada del Redentor, sombra y tinieblas que vino él á disipar por medio de la antorcha de su doctrina y de su mo-

(1) *Ibidem.*

(2) *Explic. abrev. prec. miss.*

(3) S. Buenav., *Expos. miss.*

ral. Dicho costado representa además el costado de los pecadores que serán colocados á la izquierda del soberano Juez si no procuran convertirse... Y como el Salvador vino á llamar, no á los justos, sino á los pecadores, se anuncia la buena nueva, á saber, el Evangelio en dicho costado, para hacer resaltar el vivo deseo que Dios tiene de ver que los malos no perseveran en la iniquidad, antes bien vuelven á la penitencia, no descienden á la muerte eterna, sino que suben á la vida celestial.

Llegado al medio del altar, el oficiante se detiene, porque no se siente bastante digno de publicar los oráculos de ese Dios que hasta en los ángeles ve manchas; por esto, haciendo una profunda reverencia ante el tabernáculo, dice, con toda su alma, esta oración: *Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios omnipotente, que purificaste los del profeta Isaías con un carbón encendido; dignate purificarme así, por tu grata misericordia, para que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio... Por Jesucristo Señor nuestro. Así sea...* Y redoblando sus instancias y fervor, añade el sacerdote: *El Señor esté en mi corazón y en mis labios, para que anuncie digna y competentemente su Evangelio. Así sea...*

Los fieles, por su parte, deben pedir al Señor la gracia de oír con afectuoso respeto las divinas enseñanzas, y fuerza para conformarse á ellas con generosa perseverancia, para que puedan llegar á la dicha prometida á todo el que presta oídos á la palabra de Dios y la practica.

Después de su humilde y fervorosa súplica, el sacrificador se endereza lleno de confianza en la misericordia del Señor y se dirige hácia el costado izquierdo del altar. Al ver esto, levántase la gente y permanece de pié durante la lectura y el canto del Evangelio. « Esta actitud, dice san Alfonso, significa la prontitud con que se deben seguir sus preceptos y consejos (1). »

El Señor sea con vosotros, esclama el celebrante; renovad vuestra atención, hermanos míos, y dispensad á la palabra divina la más digna acogida... *Él sea igualmente con tu espíritu*, dice el asistente; respondemos á tu llamamiento, ministro del Altísimo, y estamos

(1) S. Ligor., *Explic. abbrev. prec. miss.*

ávidos de oír la buena nueva de la salvación. Después, al pronunciar estas palabras: *Principio ó Continuación del santo Evangelio según san Mateo, san Marcos, san Lucas ó san Juan*, el sacerdote se persigna la frente, para significar que no le causará rubor el Evangelio; la boca, para declarar que la confesará públicamente, y el pecho, para afirmar que se mantendrá siempre adicto á él... Los asistentes, con semejante objeto, hacen igual número de señales de la cruz, y añaden: *Gloria tibi, Domine; ¡ Gloria á tí, Señor!* Y terminada la lectura, contesta en su nombre el ministro: *Laus tibi, Criste; ¡ loor á tí, Jesucristo!* Esto es precisamente en el momento en que el sacerdote, besando el Evangelio, expresa este deseo: *Por las palabras del Evangelio, borrados sean nuestros pecados.*

¡ Oh sí, cristianos! Dígnese el Señor perdonarnos nuestros innumerables pecados!

Una palabra sobre las luces y el incienso. Estos objetos significan que el Evangelio lleva al mundo la luz de la fé y el perfume de la virtud.

PERORACIÓN. — Tiempo es de que concluyamos. « Mientras los daneses asolaban la Inglaterra, el rey Ethelredo acudió con su hermano Alfredo para rechazarles; pero no habiendo podido alcanzarles hasta el anoecer, se vieron precisados á aplazar el combate para el día siguiente. En cuanto apareció la aurora, Alfredo se encontró dispuesto, y, viendo que el rey su hermano no salía de su tienda, envióle repetidos correos, para advertirle de que los daneses se les venían encima. Ethelredo estaba á la sazón oyendo Misa, y envió á decir á su hermano que no saldría hasta que la Misa estuviese concluída. Alfredo entretanto atacó á los enemigos, quienes, ocupando posiciones ventajosas, rechazaron á los ingleses y empezaron á hacerles replegar; mas Ethelredo, haciendo la señal de la cruz, se adelantó cuando menos se le esperaba, y reanimó de tal modo el valor de los suyos, que ganó la batalla, muriendo en ella los principales jefes de los enemigos. Esta victoria se consideró como una recompensa por su piedad, y sobre todo por su celo en asistir al santo Sacrificio de la Misa (1). »

(1) Hist. de Inglaterra, Feller, art. *Alfredo*.

También nosotros, carísimos hermanos míos, si lo deseamos sinceramente, encontraremos, en la piadosa y frecuente asistencia al sacrificio digno de todas las adoraciones del cielo y de la tierra, gran valor y prodigiosa fuerza para atacar y vencer á los enemigos de nuestra alma y de nuestra felicidad. Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMO OCTAVA.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

INSTRUCCION TERCERA.

PRINCIPIO DEL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Tunc acceptabis sacrificium justitiæ, oblationes et holocausta...* Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos.

(SALMO L, VERS. 20.)

EXORDIO. — En los primeros tiempos del cristianismo, el celebrante hacía aproximadamente todos los días á los fieles una plática sobre el Evangelio que acababa de leer en la Misa. Actualmente esto sólo suele efectuarse los domingos y días festivos. El pastor hace en estos días su sermón, voz griega que significa *nave ó medio de la iglesia*, en atención á que en este sitio es donde se levanta el púlpito donde habla el predicador, y su palabra debe escucharse como la del mismo Dios.

PROPOSICIÓN. — Voy á tratar en este día, hermanos míos, de la tercera parte del divino sacrificio. « Es lo que se hace desde el *Credo*, dice san Alfonso, hasta al *Cánon* (1) ó *Sanctus*. »

DIVISIÓN. — Teniendo que pasar revista á nueve puntos, seré lo

(1) *Explic. abbrev. miss.*

más breve posible. Hablaré pues del *Credo*, del ofertorio, de los dones del pueblo, de la ofrenda del pan, de la presentación del vino mezclado con algunas gotas de agua, de la oblación de los asistentes, de la invocación del Espíritu Santo, de la ablución de los dedos, y de las oraciones que vienen después. Procurad estar bien atentos.

PUNTO PRIMERO. — « Una vez leído el Evangelio, dice san Buena-ventura, conviene explicarlo á los fieles... Viene después el *Credo* (palabra latina que significa *yo creo*), porque todas las predicaciones hechas por Jesucristo y relatadas por los evangelistas, deben creerse firmemente (1). »

« Cuando el sacerdote, añade otro gran doctor, recita este símbolo de la fé, nosotros debemos renovar nuestra creencia tocante á todos los misterios y á todos los dogmas que la Iglesia nos enseña... La señal que distingue á los fieles de los infieles, es el *Credo* (2). »

El oficiante lo recita ó entona en medio del altar, del mismo modo que el *Gloria in excelsis*. Al llegar á esta frase *et homo factus est*, hace una genuflexión, como para representar que Cristo se bajó á nosotros, pobres mortales. Inclina la frente, al decir que el Espíritu Santo es adorado juntamente con el Padre y con el Hijo, y al concluir hace la señal de la cruz, para demostrar que, si esperamos con tanta confianza y alegría la resurrección futura y la vida eterna, es gracia á los méritos de la Redención. Tengamos á honor, hermanos míos, afirmar aquí públicamente nuestro símbolo, y mientras que yo lo recito en alta voz, decidlo vosotros todos en el fondo de vuestro corazón.

Credo in unum Deum, creo en un solo Dios, el Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles y de las invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero del verdadero Dios, engendrado y no creado, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; que descendió del cielo para nosotros los hombres y para nuestra salvación; que se encarnó, tomando un cuerpo en las entrañas de la Virgen María, por obra del Espíritu

(1) *Expos. miss.*

(2) *Explic. abbrev. miss.*